

"Las instituciones mediadoras, a quienes se encomienda la reproducción del sistema de orden actual, se esfuerzan en conseguir que las imágenes no destruyan una visión del mundo fundada en la compatibilidad". La contradicción no se presenta sólo a nivel de los acontecimientos, sino que se da también en los propios signos "index" que los muestra al telespectador. Porque la comunicación que abre la conciencia del receptor al flujo de las imágenes hace imposible una visión del mundo, fundada en una interpretación funcional del acontecer.

Mientras persista la estructura de los códigos, por mucho que cambien los contenidos, es decir, los mensajes, la reproducción del sistema está asegurada. ■ JOAQUIN RABAGO.

Ingrato oficio de escribir en Euskadi

Casi simultáneamente y a contracorriente de esterilidades, que a veces bordean el sabotaje, la literatura vasca acaba de registrar dos nuevos títulos: "Anita de Gon-Ber" e "Historias de la guerra interminable". El primero de ellos, primicia creativa de José Javier Rapha Bilbao, es un poema, novela o leyenda gestado a partir de 1972. En el segundo, el veterano Ramiro Pinilla inicia con nueve narraciones, unas reales y otras imaginarias, las primeras historias de la guerra interminable. Y en ambas obras, un denominador común: la libertad. La libertad como única salida a "cuarenta años de aberración, de despotismo, de demencia, de mentiras pregonadas, de indignidad social, de prostitución oficial, de desprecio al pueblo, de anulación de una cultura, de castración ciudadana", en palabras de Ramiro.

A lo largo de sus 180 páginas, como pescadilla que se muerde la cola, van manando a borbotones los traumas en aquellos personajes de Gon-Ber, agarrados por los mitos, exiliados en su propia patria. "Se trata de un desmadre organizado, de un exasperante dolor lleno de armonía, de una estridente denuncia emitida entre carcajadas, de un lloro torrencial por el pueblo vasco dentro de un marco de delirio", escribe Pinilla de "Anita de Gon-Ber". "Todo es extravagantemente grandioso. Es la respuesta demencial a una época



demencial. La obra rezuma un propósito de libertad total en verdad reconfortante. Es el alarido triunfal que puede lanzar cualquier garganta oprimida en el momento de su liberación. No hay miedo a nada. No hay respeto a nada..."

Y hablando de José Javier de los cuarenta años de dictadura, el autor de "Las ciegas hormigas" se apasiona. "Un narrador del país que hoy cumple cuarenta años puede decir que nació en el principio de la maldición, que a lo largo de toda su vida sólo ha conocido la maldición. No tiene por experiencia más que la maldición. ¿De qué otra cosa nos puede hablar? Los años de José Javier Rapha Bilbao son treinta y tres: de los siete que faltan, uno lo invirtió en una placenta formada en el año sexto de la maldición, y en los restantes, el vientre vasco que lo iba a recibir aún se estremecía con los recuerdos de aquella maldita guerra que seguran cuchicheándose en la cocina; cuando Rapha Bilbao ocupó este vientre, fue como empaparse de las malditas guerra y posguerra, de los malditos cuarenta años".

Las palabras de Ramiro en torno a "Gon-Ber" son también instrumental válido para entender su propia obra. Nacido en Bilbao hace cincuenta y cuatro años, Pinilla comenzó a escribir en 1960, después de años de trabajo en la industria y el mar. Premio Nadal y de la Crítica en 1961 con "Las ciegas hormigas", su quehacer literario se enriquece con "En el tiempo de los tallos verdes" (1969), "Seno" (segundo en el Premio Planeta 1971), "El salto" (1973), "Recuerda, oh, recuerda" (1975), y ahora con "Primeras historias de la guerra interminable".

Julio de 1936: "Para los Altube, la guerra comenzó a las cinco de la tarde, cuando Marcos entró en la cocina diciendo que se lanzaba al monte con la escopeta y que le envolvieran un bocadillo". A partir de ahí va desgranándose el relato áspero, sincero, profundo y atormentado. Una lección de historia, Cuarenta grados, Cópula, "La chipinita", Euskera ez, Coro, Los delirios del cura San Baskardo, Gernika. "¡Por mi calva, no nos olvidemos de lo que han sido estos cuarenta años!", exclama Ramiro. El recuerdo del pasado es necesario para no volver a caer en él: "El soldado se vio sucio, roto, jodido". "Bilbao las recibió con una llovizna inmóvil". "Eran, otra vez, los doscientos hombres de la guerra atacándose como lobos contra la niebla del amanecer". "Aparecieron por la carretera en formación cerrada, avanzando como mecanismos cansados, sin mirar a ninguna parte"...

UNA TARDE JUNTO AL ACANTILADO

"Anita de Gon-Ber" e "Historias de la guerra interminable" es buen pretexto para hablar de Euskadi y sus fantasmas, de la invertibración cultural y de la entronización de los mitos. En tierra de especuladores, a caballo entre el aristocrático Neguri y los abruptos acantilados cantábricos, tiene su casa y su huerta Ramiro. Allí, frente a un pálido atardecer, la conversación gira en torno al proyecto nacional vasco y al ingrato oficio de escribir en Euskadi. "Naturalmente, rechazo la acusación de que no soy un escritor vasco —explota Pinilla—. ¿Quién mejor que yo, que estoy dentro de mí mismo, puede saber si soy o no un escritor vasco? Los temas de mis libros los saco de esta tierra; vivo, profesionalmente, enterrado en esta tierra, resuelto desde siempre a no salir de ella, consciente de que habiendo cedido a la tentación de Madrid, las cosas me irían mejor". ¿Cuántos vascos tuvieron y tienen que abandonar su realidad más íntima buscando un poco de brisa, huyendo de corsés? ¿Y qué fue de los que se quedaron? También eso forma parte de la realidad de Euskadi. También Gabriel Aresti, uno de los mejores poetas en euskara de todos los tiempos, fue acusado de antivasco porque se plantó en Bilbao, frente a los plutócratas y frente a los mitos. Y aún hoy, a varios años de su vida segada en plena juventud, se le sigue mirando de reojo desde el nacionalismo, mientras Unamuno, Cela-

ya, Otero y Baroja siguen en el Índice para los esencialistas de siempre.

"Nuestra sociedad es inculta e irracional —afirma Ramiro—. Hay que decirlo. Lo que Euskadi necesita no son paños calientes. Yo soy del verde de aquí, pero el verde vasco que yo veo no es el verde del pasado, sino el del presente y, sobre todo, el del futuro. Quiero luchar por esta tierra desde dentro de ella, porque resulta que en Euskadi está todo por hacer".

El peliagudo problema cultural vasco, que exige derroches de sensibilidad, tolerancia y realismo para alcanzar las necesarias síntesis, para no desembocar en nuevas arbitrariedades, atenaza a José Javier Rapha Bilbao. "La Universidad es una esperanza. A través de ella podrían aglutinarse inquietudes e iniciativas. Harían falta nuevos medios de comunicación, animar como lo está haciendo Kantil a la nueva narrativa"...

Allí, junto al acantilado, en una Euskadi donde hasta ayer exigían algunas siglas certificado de origen o "diez años de ciudadanía" para militar en sus filas, donde todavía se contraponen vasco y socialista, donde se recurre a San Miguel en los mítines, Ramiro Pinilla última la obra largamente titulada: "Antonio B. 'El Rojo', ciudadano de tercera. España, España...", mientras trabaja en otra inicialmente bautizada "Hembra". Y para finales de año, Rapha Bilbao pondrá en circulación "Clementina Bragamonte, alcahueta y mártir". ■ PERU ERROTETA.

PRENSA

"Totem" y el nuevo "comic"

En su número especial del pasado verano, la revista francesa "Metal Hurlant" anunciaba la próxima salida de una edición en castellano con el título de "Totem". Era una noticia esperada y hasta lógica desde el punto de vista comercial: el grupo de Les Humanoides Associés ha revolucionado el mundo de la creación gráfica, implantándose incluso en el chauvinista mercado norteamericano bajo el nombre de Heavy Metal. Moebius, Drulllet, Dionnet y compañía son los superadores del agotado —espiri-

tual y estéticamente— "comix underground" originado en USA a mediados de los sesenta. Frente al dibujo descuidado o el feísmo deliberado del "comix" contracultural, los franceses optan por todo lo contrario: una minuciosidad extrema, un barroquismo grandioso, el uso ocasional del color. El triunfo de la fantasía. En la temática, Los Humanoides abren las puertas de monstruosos universos futuros y aterradores universos arcaicos; el comentario agrio sobre la sociedad del presente ha dejado paso a la irónica reflexión sobre la naturaleza humana. Mientras que en el "comix underground" las historias más experimentales tenían su origen en la experiencia psicodélica, en "Metal Hurlant" nos reencontramos con la ciencia-ficción y los mundos brumosos de "espadas y brujería" como puntos de referencia.

Hay que advertir que "Totem" —ya hay tres números publicados— no es la versión espa-



ñola de "Metal Hurlant". De hecho, tampoco responde a su subtítulo de "Revista del nuevo comix". "Totem" contiene abundante material procedente de "Metal Hurlant", pero al lado aparecen historietas tan desfasadas como el "Kendall", de Arturo del Castillo, y páginas de humor un tanto vetusto. Abundan estos contrastes; junto al "Valentina", de Guido Crepax —cuyo erotismo imposibilitó su publicación en castellano en los años en que realmente era una novedad—, están las inquietantes aventuras a todo color de "Arzach", un personaje mudo de Moebius que cabalga sobre un pterodáctilo; junto al maniqueo "Corto Maltes", de Hugo Pratt, encontramos las siniestras andanzas de "Los ejércitos del conquistador", de J. P. Dionnet. Estas incongruencias también se notan en los editoriales y en las

respuestas a las cartas de los lectores, de un tono extrañamente paternalista e ingenuo tratándose de una revista "para adultos".

De cualquier modo, con todos sus vicios y vacilaciones, "Totem" es una revista única en el panorama español y representa otro paso más hacia la normalización en todas las manifestaciones artísticas. Una revista que vale la pena coleccionar: los números atrasados se pueden conseguir en librerías especializadas o enviando cien pesetas en sellos a Editorial Nueva Frontera, avenida del Generalísimo, 74, Madrid (16). ■ DIEGO A. MANRIQUE.

ARTE

Steinberg: una línea, una sonrisa

Saul Steinberg es ese interesantísimo humorista gráfico de las publicaciones norteamericanas, al cual, desde hace algún tiempo, la galería Maeght ha elevado a la condición de pintor. ¿Eleva digo? ¿Se puede "elevar" a nadie desde la condición de poeta del humor a cualquier otra dedicación? De todas maneras, ha hecho bien la Maeght en patentizar con su actitud que Steinberg, además de humorista, también es pintor y que no se le puede ni se le debe olvidar esa faceta de su estilo. Si procediéramos al revés, no buscando la pintura desde el humorismo, sino tratando de encontrar el humorismo de cierta pintura, evidentemente encontraríamos también muchos maestros de ese difícil arte de la sonrisa (en "Los caprichos", de Goya, por ejemplo —"Dios la ampare, y era su madre"; "Bien tirada está", etc.). En la serie gráfica de Picasso sobre el pintor y la modelo, también por ejemplo, cuando el pintor ríe de sí mismo y se menosprecia a sí mismo, cuando considera lo ridículo de su actitud pictoricista, en comparación con la gloria maravillosa de la hembra desnuda que está allí mismo...

A mí me parece muy bien reivindicar al pintor que hay en Steinberg, pero a condición de que siempre tengamos en cuenta que en el pintor Steinberg hay



"Côte d'azur": dibujo a tinta de Saul Steinberg, 1958.

siempre un humorista. Siempre. Es más, yo diría que ambas potencias, la del humor y la de la pintura, están en él indisolublemente entrelazadas, sin que sea posible desligarlas.

Prohibida la carcajada

No es una frase lo que estoy diciendo. Es que..., ¿cómo lo diría? Es que en Steinberg lo que hace humor es precisamente su pictoricismo. Trataré de explicarme. Steinberg no hace "chistes". No es que los menosprecie; es que sus búsquedas van por otro lado. Steinberg encuentra el humor antes de llegar al chiste. Y lo encuentra en la textura morfológica del dibujo que debe ser previo al chiste mismo. El artista debe divertirse mucho —debe pasárselo muy bien en la realización material de su trabajo—. Yo creo que nunca puede llegar —nunca puede alcanzar— la realización plena del trabajo que constituye el proyecto previo de todo dibujo —o todo cuadro— emprendido. Siempre es detenido —siempre es "divertido"— por el azar humoroso que le sale al paso en la mecánica de la propia realización. De pronto es una línea que él decide continuar y prolongar dentro de una lógica que no puede ser más que la del absurdo, pero que, por ello mismo, por contradictoria, es divertida. O puede no ser una línea: puede ser incluso una mancha directamente pictórica que el autor utiliza, siempre con la sonrisa a flor de piel. O pueden ser otras cosas: puede ser un elenco de caligrafías con firmas irónicas de esas que hacen los hombres importantes... o simplemente sellos ya estampados... Pero siempre con humor.

Se ruega una sonrisa

Hay un aspecto del humor de Steinberg que hay que tener siempre en cuenta en él, porque es capital en su obra: la ironía con la imagen tónica de cierto diseño mediocre. El sabe, como nadie, utilizar la mediocridad, el

diseño tónico de dibujantes ocasionales o tónicos —esos perfiles humanos que siempre resultan brutales a fuerza de carecer de sutilezas— y sabe darles muy bien la vuelta para que el espectador sepa el terreno que pisa e inicie la sonrisa.

La sonrisa: porque la potencia de Steinberg está precisamente en ella, en la sonrisa. Nunca transigirá con la carcajada este hombre que nació en Rumania en 1914, cerca de Bucarest, y que emigró a los Estados Unidos en 1942. Sí: lo peculiar de él es el humor. Pero es un humor desprendido de su potencia pictoricista. El no hace "chistes" —o no los hace casi nunca, de esos normales, en los cuales la situación cómica se desprende de un argumento cómico. La comicidad —diré mejor: el humor de Steinberg— hay que desprenderla de la materia misma de su realización gráfica o pictórica. Lo que sonríe en él —lo que hace sonreír— es la línea o la mancha de su dibujo o de su cuadro. Steinberg no marcha camino del humor desde su dibujo; Steinberg espera que a su dibujo llegue el humor. Y llega siempre.

Por eso es por lo que digo que, en ese artista, el humor y la creación pictórica están indisolublemente ligados. Son una misma cosa. ■ JOSÉ MARIA MORENO GALVAN.

Hernández Carpe

Galería Felipe Santullano. Madrid.

"Ingenuisimo racionalizado" llama mi paisano Manolo García Viñó a la manera que tiene Antonio Hernández Carpe de enfrentarse con la realidad de la pintura. ¿Ingenuisimo racionalizado? Bueno, sí, está bien; porque no cabe duda de que en ese pintor murciano hay muchos aportes —o muchas supervivencias— de un ruralismo de origen que, sin embargo, están ya muy dominados por su conciencia pictóri-